

UN MESIAS SIN MULTITUDES

Alberto Flores Galindo



El joven y sonriente socialdemócrata está siendo sustituido por el rostro adusto del jefe militar. Nada más autoritario que un mesías rodeado de soldados.

El 28 de julio, todos los años, tiene lugar un ritual que inaugura el año cívico en el Perú. El presidente, rememorando el nacimiento de la República, se dirige al Congreso y al país para hacer un balance de lo ejecutado en el período anterior y definir los lineamientos futuros de su gobierno. Este año, en la coreografía del ritual hubo un cambio significativo. En todo momento Alan García subrayó su identificación con las fuerzas armadas. No sólo por empuñar el bastón de comandante supremo, por la visita a la cripta de los héroes y al panteón de los próceres, por las palabras elogiosas dirigidas a las instituciones armadas, por asumir marcialmente el saludo militar, sino además porque ese día y el día siguiente apareció en todo momento rodeado por soldados en medio de un centro de la ciudad tomado por la policía, la infantería de marina y el ejército, en el que todos, salvo ellos, eran sospechosos. Estas fiestas patrias transcurrieron sin multitudes.

GRAVES AUSENCIAS

No es difícil relacionar esta ausencia de multitudes en las calles con un discurso del que estuvieron ausentes palabras como violencia, derechos humanos y paz. El país se encuentra frente a una difícil coyuntura económica y social, ante la inoperancia de los proyectos del gobierno; pero tiene ante sí el desafío político planteado por la irrupción de la violencia. Si el senderismo fuese únicamente la expresión de una minoría alucinada, a esta altura ya habría desaparecido de la escena política. Frente a una secta aislada pueden resultar eficaces las recetas militares que recomiendan únicamente extirpar el fenómeno. Pero debe invitar a alguna reflexión el hecho que transcurridos más de seis años (las guerrillas del 65 duraron apenas unos meses), con un país devastado por más de siete mil muertos y cerca de dos mil desaparecidos, el fenómeno persista.

Esto quiere decir algo elemental: aún cuando la guerra haya sido iniciada por una minoría que se siente portadora de un mensaje milenarista, esa minoría ha encontrado, más allá de su voluntad, eco y resonancia, en algunos sectores del país que se han adherido a la prédica violenta, que ven en ella una solución o que, en todo caso, la miran con expectativa y la toleran. La violencia política, entonces, no es sólo el problema de un grupo o de una ideología. Es un problema social. Su explicación puede buscarse en la pirámide de ingresos en el país, en las limitaciones del mercado de trabajo pero también en esa explosiva combinación entre migración, juventud y mestizaje que busca una identidad y quiere, para emplear una expresión nuestra, "abrirse paso".

PALIATIVOS FRENTE A SENDERO

Aunque no sea admitido oficialmente, nada de esto es ignorado por el gobierno. Retomar una vieja promesa de Bolívar para ejecutar una irrigación en Ayacucho o comenzar la regionalización por Puno, se explican porque esos son escenarios privilegiados para el senderismo. La esperanza de Alan García y sus asesores es poder

desmontar en el corto plazo los detonantes sociales de la violencia y, quitándole sustento, hacer innecesaria la presencia militar.

Pero aquí se plantean otras circunstancias. En primer lugar las soluciones propuestas aparecen como paliativos: no implican un cambio sustancial. La regionalización no pasa de palabras si verdaderamente no existe el propósito de redefinir completamente el mapa administrativo del país, lo que significa antes otorgar prioridad al agro en los planes de desarrollo, y esto último no es posible sin el concurso de las comunidades y los campesinos. Frente a Sendero que promete el poder —todo el poder— para los más miserables, la verdadera alternativa sería mostrarles en la práctica a esos mismos parias otro camino de acceso al poder, que no implique el costo en muertes que trae consigo la violencia política. Se trata, entonces, de convocar a los campesinos para algo más que una asamblea de presidentes de comunidades. No sólo hay que escucharlos: hay que permitirles acceso a las instancias de decisión.

Admitamos que esto último forma parte de los deseos del Señor Presidente. Los mayores obstáculos para ejecutarlos los encuentra en un aparato de Estado habi-

tuado a las marginaciones y en un partido que, como el APRA, y precisamente en el sur del país, está imbricado con los mistis y los grupos de poder local. Previamente tendría que enfrentarse contra su burocracia y sus correligionarios.

LA MILITARIZACION AVANZA

Mientras Alan García permanece "atrapado sin salida", los militares avanzan. La militarización y la violencia indiscriminada se plantean como opciones aparentemente viables frente a la violencia senderista. En ese camino no hay casi lugar para la reflexión. Suponiendo que tenga éxito, a quienes lo defienden no les interesa preguntarse cómo quedaría después el país, cuáles serían las relaciones entre el ejército y la nación. Para ellos lo único que cuenta es destruir. Es la lógica de tierra arrasada seguida frente al motín de las cárceles.

Es evidente que quienes asumen este camino no tienen la menor consideración para el consenso y la voluntad ciudadana. Dada la experiencia de los militares argentinos, la democracia importa sólo como coartada. Una manera de encontrar cómplices. Cuando vemos al presidente de la

República asumir la indumentaria militar, lo que estamos viendo es la realización física de una opción en la que podría combinarse para el futuro inmediato del país: la militarización creciente con la promesa de reformas sociales.

EXPLICANDO EL MONOMIO

Son demasiado ostensibles los rasgos mesiánicos de Alan García. Aunque en su discurso dijo que había desechado esta opción, hay que considerar que ningún mesías serio —el modelo original es el mismo Cristo— se autocalifica como tal. Deja esa tarea a sus seguidores. El rostro y el tono de voz de Alan García no tuvieron, en esta ocasión, el entusiasmo de hace un año. Faltó la convicción. Quizá porque faltaron también las multitudes. Quizá porque rondaban fantasmas de los muertos de hace un mes en las prisiones.

Para una tradición partidaria que ha levantado sus mejores esperanzas en la tradición de sus mártires y de sus fusilados, la alianza con los militares y esas muertes no deben ser fáciles de procesar. El binomio velasquista "pueblo-fuerza armada" corre el riesgo de convertirse en un amenazante y autoritario monomio, del que quedaría excluido cualquier proyecto de pacificación. La división del trabajo consistiría en dejar las reformas (o más bien los discursos) al presidente y todo el poder a los militares para enfrentar a la subversión. Pero no son aspectos tan fáciles de separar. De allí que estemos asistiendo, como en un relato célebre de Stevenson, a una paulatina transformación en los rasgos del presidente. El joven y sonriente socialdemócrata está siendo sustituido por el rostro adusto del jefe militar. No hay nada más autoritario que un mesías rodeado de soldados.

EL ROL DE IU

En estas circunstancias para mantener esperanzas en el horizonte, es necesario reclamar de Izquierda Unida una alternativa consistente y radical, pensada para afrontar realmente los problemas nacionales y no como un programa destinado a ganar las elecciones. Un plan del Perú —para hurtar un título a Vidaurte— que sea pensado desde la crisis y desde los más miserables y que demuestre que no estamos ante un callejón sin salida. Las elecciones municipales son una ocasión; quizá una de las últimas. No hay que reducirlas a un debate sobre asfalto de calles o recojo de basura. ¿Pero será posible que los partidos y dirigentes de IU trasciendan el ejercicio de la política como una disputa mezquina de cargos?

El futuro del país no se reduce únicamente al enfrentamiento entre las fuerzas armadas y el senderismo. Existen sindicatos y organizaciones populares. Para demostrarlo, allí están —aunque silenciados por los periódicos— la marcha por la paz en Villa El Salvador y el paro en Puno (17 de julio) contra la militarización y la violencia. Una de las características de la situación actual es, sin embargo, el desfase entre las multitudes y sus dirigentes. Por eso hay que reclamarles a quienes en IU pretenden acaparar la escena oficial que siquiera por alguna vez se pongan a la altura de las circunstancias.